

Vietnam: una victoria que jamás se olvidará

ALLEN MYERS :: 06/05/2025

El impacto en EEUU de la victoria vietnamita aún persiste, algo que se denominó a menudo el "síndrome de Vietnam" y que los gobernantes capitalistas aún intentan superar

Es un aniversario histórico que la clase dominante de EEUU y sus aliados en todo el mundo desearían que olvidáramos. Hace cincuenta años, el 30 de abril de 1975, el imperialismo estadounidense sufrió la peor derrota militar de su historia cuando las tropas del Ejército de Vietnam del Norte y el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur tomaron el control total de Ciudad Ho Chi Minh (entonces llamada Saigón) y las pocas zonas dispersas del sur que aún no habían sido liberadas.

La victoria vietnamita fue la culminación de más de tres décadas de lucha contra el imperialismo japonés, británico, francés y estadounidense. En aquel entonces, EEUU era, como lo sigue siendo hoy (a trancas y barrancas), la principal potencia militar del mundo. Sin embargo, esa increíble potencia fue derrotada por una sociedad pequeña, subdesarrollada y mayoritariamente rural.

La guerra de EEUU contra Vietnam involucró a más de medio millón de soldados regulares estadounidenses. Durante la guerra, EEUU desplegó una potencia de fuego inimaginable contra las fuerzas vietnamitas y la población en general. El tonelaje de bombas lanzadas sobre Vietnam fue aproximadamente tres veces mayor que el total de todos los teatros de operaciones durante la II Guerra Mundial. EEUU también empleó armas químicas, como defoliantes con dioxina, que aún hoy causan muertes y daños genéticos.

Vietnam recibió suministros militares limitados de China y la Unión Soviética, pero nunca fueron suficientes para ser decisivos. Los cohetes tierra-aire, por ejemplo, incrementaron las pérdidas militares de la Fuerza Aérea estadounidense, pero nunca lograron detener la guerra aérea estadounidense.

Y, sin embargo, toda esta potencia de fuego no pudo impedir la victoria vietnamita. Algo resultó ser más poderoso que el armamento masivo. Esa realidad es la lección que los imperialistas quieren que olvidemos.

La liberación de Ciudad Ho Chi Minh representó un ejemplo contundente de las limitaciones del poder militar tecnológico. Mientras los helicópteros trasladaban a los estadounidenses restantes y a algunos de sus agentes vietnamitas a los buques de guerra que aguardaban en alta mar, la Armada estadounidense empujó cada helicóptero vacío por la borda para dejar espacio a los que aún estaban en el aire.

¿Qué derrotó finalmente al poder militar estadounidense? Ante todo, el heroísmo y la resistencia de los vietnamitas. La resistencia vietnamita avivó gradualmente las dudas y las divisiones en la sociedad estadounidense, abriendo el camino para la oposición a la guerra imperialista dentro de EEUU y, finalmente, a escala mundial.

Sumada a la incapacidad de EEUU para infligir una derrota militar decisiva, esta creciente oposición política contribuyó sustancialmente a que los gobernantes estadounidenses calcularan que continuar la guerra podría costarles más de lo que probablemente ganarían. Podían ver que, en todo el mundo, los pueblos oprimidos y explotados estaban llegando a la conclusión de que EEUU no era invencible y que se le podía resistir con éxito.

Luchas anteriores influyeron de forma similar en el movimiento contra la guerra. Tras la era del macartismo, la reacción anticomunista y la destrucción de la mayoría de los sindicatos en las décadas de 1940 y 1950, la situación empezó a cambiar con el auge del movimiento por los derechos civiles de los negros y la radicalización cultural y política de los años 60. Los opositores a la guerra de Vietnam que organizaron las primeras jornadas de enseñanza en las universidades seguían, en parte, el ejemplo de la combinación de propaganda y acción de los primeros luchadores por los derechos de los negros, especialmente en el sur de EEUU.

La influencia fue recíproca. En abril de 1967 me reclutaron en el Ejército estadounidense en Chicago. Casualmente, esto ocurrió el mismo día en que el campeón de boxeo Muhammad Ali recibió la orden de presentarse para el reclutamiento, a lo cual había anunciado públicamente que se negaría debido a su religión como miembro de la Nación del Islam y a sus objeciones éticas a la guerra.

Ali, con un don para las explicaciones concisas y vistosas, dijo: "No tengo nada en contra del Viet Cong. Ningún Viet Cong me ha llamado negro". ("Viet Cong" era el nombre que el ejército y los medios estadounidenses le dieron al Frente de Liberación Nacional). Una semana antes de su reclutamiento, Ali añadió:

"No voy a irme a 16.000 kilómetros de casa para ayudar a asesinar y quemar otra nación pobre simplemente para continuar la dominación de los esclavistas blancos sobre la gente de piel oscura de todo el mundo. Si pensara que la guerra traería libertad e igualdad a 22 millones de mi pueblo, no tendrían que reclutarme; me alistaría mañana mismo".

Había un considerable interés público en lo que haría Ali, y uno de los soldados del centro de reclutamiento de Chicago había encendido una radio sintonizada en un noticiero. Con el informe de que Ali se había negado a ser reclutado, oí a uno de los soldados negros murmurar, apenas audible: Maldita sea, ojalá hubiera hecho eso.

A medida que la resistencia vietnamita obligó a EEUU a aumentar el número de tropas en el país, el reclutamiento también aumentó, incluyendo a los reclutas que se oponían a la guerra o, al menos, la desconfiaban. Para miles de jóvenes estadounidenses, sus amigos, familiares y parejas, la guerra dejó de ser un conflicto extraño en un país lejano para convertirse en una amenaza inmediata para su bienestar. El impacto fue aún mayor por su posibilidad de ver escenas de la guerra en los noticieros nocturnos.

La clase dirigente estadounidense comenzaba a comprender algo que apenas había comenzado a evidenciarse durante la Guerra de Corea de 1950-53: existe una diferencia significativa entre un "ejército ciudadano", en el que la ciudadanía siente que sus intereses están seriamente amenazados por una amenaza como el fascismo, y uno que se enfrenta a un enemigo abstracto como el "comunismo", que no representa una amenaza inmediata, o a

un pueblo oprimido que lucha por su liberación. Quienes presenciaron o participaron en protestas masivas contra la guerra tendían a ver incrementada su oposición, no debilitada, al incorporarse al ejército.

Durante mis dos años en el ejército, de 1967 a 1969, todos en EEUU, el reto no fue convencer a mis compañeros de que la guerra estaba mal. Teníamos que persuadir a otros soldados de que podían hacer algo al respecto. Este fue el período en el que proliferaron los periódicos antibélicos de base (en realidad, boletines informativos) en bases militares de EEUU y en el extranjero.

En Fort Dix, Nueva Jersey, llamábamos al nuestro "El Arma Definitiva", porque la función principal de la base era el entrenamiento de infantería, y al Ejército le gustaba llamar a su infantería "el arma definitiva". A principios de los años 70, el Comité de Movilización Estudiantil, la coalición antibélica más radical, lanzó un Servicio de Prensa para Veteranos, cuyo objetivo era proporcionar información, intercambio y cooperación entre las diversas publicaciones militares antibélicas. Con el tiempo, supimos de más de cien.

La expansión de la actividad pacifista en el ejército estadounidense se vio facilitada por los esfuerzos burocráticos de los altos mandos para reprimirla. Un comandante de batallón que se enteraba de alguna actividad "subversiva" en su área, temiendo que esto perjudicara sus posibilidades de ascenso, disponía el traslado de uno o varios presuntos "cabecillas" a una base diferente, con suerte distante. No podría haber sido mejor planificado si el objetivo hubiera sido fomentar la expansión de la actividad pacifista. La situación final fue descrita por el coronel Robert D. Heinl, Jr., en *Armed Forces Journal*, 7 de junio de 1971:

La moral, la disciplina y la capacidad de combate de las Fuerzas Armadas estadounidenses son, con pocas excepciones, más bajas y peores que en cualquier otro momento de este siglo y posiblemente de la historia de EEUU. Según todos los indicadores imaginables, nuestro ejército, que permanece en Vietnam, se encuentra al borde del colapso, con unidades que evitan o se han negado a combatir, asesinando a sus oficiales y suboficiales, drogados y desanimados, cuando no casi amotinados. En otros lugares la situación es casi igual de grave.

En resumen, los gobernantes estadounidenses estaban preocupados por el impacto de la guerra, no solo en sus tropas en Vietnam, sino en sus fuerzas armadas en general. El presidente Nixon intentó mejorar esta situación mediante su programa de "vietnamización" de la guerra, que esencialmente implicaba retirar las tropas estadounidenses de Vietnam y proporcionar a la títere "República de Vietnam" suficientes armas y financiación para seguir luchando por los intereses estadounidenses.

Desde el punto de vista estadounidense, esta fue siempre una esperanza vana, que se hizo cada vez más evidente tras la salida de las tropas terrestres estadounidenses en 1973. Cuando las fuerzas de liberación lanzaron su ofensiva final a principios de 1975, las fuerzas del "RVN" en gran medida se desvanecieron o colapsaron.

El impacto de la victoria vietnamita aún persiste, algo que los gobernantes capitalistas aún intentan superar. En EEUU, este impacto se denominó a menudo el "síndrome de Vietnam", como si describiera una especie de enfermedad lamentable. De hecho, se refería a la

realidad de que amplios sectores de la opinión pública estadounidense habían presenciado que sus gobernantes mentían descaradamente sobre un importante conflicto militar. En consecuencia, tendían a ver con escepticismo nuevas operaciones militares.

Desde entonces, se ha convertido en doctrina política estadounidense estándar que cualquier nueva aventura militar debe llevarse a cabo con rapidez para que gran parte de la población no tenga tiempo de ser realmente consciente de ella. Para recuperar su capacidad de intervención militar en todo el mundo, los gobernantes estadounidenses consideraron necesario abolir el servicio militar obligatorio y reconstruir su ejército como "voluntario", es decir, usar la coerción social y económica para alistar principalmente a las minorías raciales pobres y oprimidas.

El fin del servicio militar obligatorio fue un gran revés para el imperialismo estadounidense, y sus gobernantes hoy, medio siglo después, se preguntan si podrán salirse con la suya reintroduciéndolo.

Otra lección que las clases dominantes han extraído de Vietnam se puede ver en las respuestas gubernamentales al recrudecimiento generalizado de la solidaridad con los palestinos contra la guerra genocida israelí en Gaza y Cisjordania. La rapidez y el extremismo de las reacciones gubernamentales contra los primeros campamentos de protesta universitarios demostraron su temor a que las protestas crecieran y se extendieran como ocurrió con Vietnam.

Esta es la razón de los intentos de suprimir la libertad de expresión y los ataques casi histéricos contra los manifestantes. Y así como los propagandistas imperialistas de la guerra de Vietnam intentaron desacreditar a la oposición llamándola "comunismo", hoy los partidarios del genocidio sionista intentan etiquetar cualquier oposición como "antisemitismo".

Nuestro lado también ha aprendido algunas lecciones, lo cual explica en parte la forma en que las protestas palestinas han tomado y las medidas que han adoptado: tanto los campamentos iniciales como su alcance a sectores más amplios mediante manifestaciones y marchas multitudinarias y contundentes.

En todo el mundo hay innumerables personas oprimidas y explotadas que quizá sepan poco o nada de la guerra de Vietnam, pero que han asimilado la comprensión de que el imperialismo no es invencible, que se puede derrotar mediante una lucha decidida y que "si no luchas, pierdes"

Red Flag / www.observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/vietnam-una-victoria-que-jamas>